

*La brasa azul de tu sexo
arrastra un vaho de selva
en medio de esta ciudad podri-
da.*

*Mientras los cuerpos
desaparecen
bajo el polen de la manigua
la espuma de la resaca
te cubre con su manto de
plumas.*

*Brilla el marfil incandescente
de tu risa.
No hay raíces: sólo existe la
aventura.*

*Una boca cálida
murmurando apodos infantiles
y obscenos.*

D.J.A.



Fiel a su fe

Antología poética

Juan Manuel Roca

Félix Burgos Editor. Bogotá, 1983

Juan Manuel Roca nació en Medellín en 1945 y hasta el presente ha escrito: *Memoria del agua* (1972), *Luna de ciegos* (1974), *Los ladrones nocturnos* (1976), *Señal de cuervos* (1979), *Fabulario real* (1980), *Cantos del ocio* (1982) y *Umbrales* (1982). Y de estos ocho libros salen 133 poemas en esta antología que cambia de criterio según cada libro, pues si apenas incluye cinco de su primer folleto, considera antológicos la integridad de los poemas de otros libros.

Para algo que se llame antología, en Colombia, sigue pareciendo excesivo que un solo poeta haya escrito 133 poemas antológicos. La cifra es exagerada, inclusive, si se piensa en una antología de toda la poesía colombiana. Así que, en este caso, el título del libro es apenas un indicativo de que contiene un resumen muy amplio de los diez años y ocho libros de Roca. Un resumen necesario, que la intrincada e ineficaz distribución de los libros de poemas pedía, para hacer presente en las vitrinas a este

poeta que es, a no dudarlo, el más conocido y el más prolífico de los poetas de su generación. Y que, de ellos, es el que más ha influido en la siguiente generación de poetas.

Antes que Roca escribiera el primero de sus versos, ya toda su visión poética estaba inventada. Roca es un poeta surrealista y repetidamente se ha reconocido como tal y ha adoptado, consecuentemente, la tradición poética surrealista, incluyendo explícitamente el romanticismo alemán. Si de esto se hace una interpretación desde la mera historia literaria, el asunto parece como un eco retardado de las vanguardias francesas de los veinte o como un eco algo menos retrasado de los surrealismos latinoamericanos. Hay mucho de esto, que presta la "visión" poética, pero nada es gratuito y la obra de Juan Manuel Roca es, en el orden de la poesía, el reflejo de una realidad caótica, que sólo puede horadarse con el atrevimiento de la poesía:

LA POESIA

*Algo así como entrar
En la zona de peligro
Con una vieja Colt inservible,
Algo así como abrir un
paraguas
Para protegerse
En medio de espesos abaleos,
La poesía,
Riesgosa y vagamunda,
Territorio libre del sueño,
Cultiva las flores prohibidas.*

La coyuntura (esa palabra que los economistas encontraron cuando buscaban la palabra circunstancia) permite los paralelos: si a la hora de mirar el mundo que los circunda, Cobo es el poeta de las horas diurnas, el testigo literal, Roca es el poeta nocturno, el brillante viajero de las pesadillas. Acaso no tan opuesto como ellos mismos puedan pensarlo —recuérdese el poema de Cobo a Breton, recuérdese el Bogotá de Roca en, por ejemplo, *Escenarios*— la diferencia radica en que Roca toma partido; para él la poesía no es sino una cosa: "Porque la poesía será la imagen que enriquece los

hechos cotidianos, o no será", ha escrito tajantemente en una nota sobre Harold Alvarado.

Así, iluminado por la sola visión surrealista, amparado en su verdad, el culto a la imagen, Roca ha construido una obra absolutamente fiel a sus fes, con una sostenida calidad que uniforma todo el conjunto, el cual no puede verse como una gradual maduración, con sus evoluciones y cambios, sino como una obra fiel a sí misma, a sus obsesiones, a sus paraísos y pesadillas, a su imaginación brillante y a su siempre constante retórica.

Juan Manuel Roca es un poeta bien dotado para su propio propósito; imaginativo y brillante para las imágenes, la lectura de su antología permite percibir su brillantez, su ingenio, su originalidad. Tenaz en su empeño, inevitablemente, en ocasiones, cae víctima de su propio invento, la desbordada pirotecnia. Pero sobre todo en sus poemas cortos, y más cuando aborda el erotismo, logra excelentes ejecuciones, como *Mujer invadida por fantasmas*:

*Los corsarios que asediaban
tus playas
Con galeones dorados a
estribor de tu pellejo,
Los perros adiestrados
Que buscaban tu olor entre la
hierba,
La noche tocando tambores
con un fémur
Entre la algarabía de los
bailes estivales
Donde tus piernas desgarradas
Hacían la delicia de los hace
mucho tiempo muertos,
Aquellos que escarban como
mineros
En tu cueva de oro
Mientras la caja de caudales de
tus muslos
Se abre al galope entre el pasto
enrojecido
Y los fantasmas te gritan al oído
Que eres presa y perseguida
Para invadir tus cámaras
secretas
Entre el bosque que boga tu
agua nocturna.
[...]*

Poesía para ser leída en voz alta, poesía rutilante; lo declamatorio parece venirle de Zalamea y, más precisamente, de las traducciones de Saint-John Perse realizadas por Zalamea: el secreto de taller del poeta ha consistido en moderar el efecto, en acumular, por oposiciones, brillantes imágenes, sonoros sustantivos del trópico. Acaso este principal mérito de Roca, su imaginaria, se concentre más en los poemas cortos; los más largos y las prosas se vuelven pesados con su bisutería de imágenes, pesados de leer, pero acaso de un efecto muy distinto declamados en voz alta.

Si en la obra de Roca hay temas que otros poetas colombianos han abordado antes —León de Greiff, Luis Carlos López y Eduardo Escobar han hecho antes el elogio del ocio; Álvaro Mutis y Jaime Jaramillo Escobar han escrito memorables textos sobre el miedo—, la unidad interna de la poesía de Roca está señalada por temas e imágenes obsesivas: el agua —el tema inaugural de su primer libro, las reiteraciones de “hidrolatra”—, los caballos —que cabalgan resonantemente en sus 190 páginas de versos—, los ciegos —obsesión repetida, angustiante y, por paradoja, iluminadora—, el miedo, la noche, el cuerpo.

Cita necesaria; la poética de Roca, hermosa síntesis de su aspiración: “...En algún lugar de su obra *El origen de la locura en Asia*, Frazer cuenta cómo una tribu que invadía a los malayos entró en contacto con una desconocida flor roja. Se reunieron, dice Frazer, en círculo alrededor de ella y extendieron sus brazos para calentarse. Tal vez el misterio de la poesía consista en convertir flores en fuego, fundar el mito, atrapar lo imposible”.

D.J.A.



Juicio final ante la poesía

El taller blanco
Eugenio Montejo
Fundarte. Caracas, 1983

Existe una ilustre tradición de poetas ensayistas. Se diría que existen hombres de una lucidez especial, no sólo capaces de usar las palabras para crear poemas, sino que también —analíticos sensibles— conocen el oficio de una prosa reveladora y nueva. Uno de ellos, Ezra Pound, lo decía mejor que yo: “la literatura es el idioma cargado de sentido hasta el grado máximo”. Pound era uno de ellos, y Eliot también, sin contar, en otras lenguas, a Paul Valéry y a Montale. No hay, sin embargo, que salirse del español para hallar ilustrísimos ejemplos, como Antonio Machado, Octavio Paz y Lezama Lima.

A esta ilustre tradición pertenece, también, el poeta venezolano Eugenio Montejo (1938), una de las voces mayores en la poesía latinoamericana de hoy.

Hay algo de lo que no se ha hablado mucho nunca. Apenas leves insinuaciones, al principio de don Antonio Gómez Restrepo, y, en estos años que corren, de Juan G. Cobo Borda. Se trata de la sutil pero continua interacción que, desde tiempos remotos, existe entre las poesías venezolanas y colombianas. Pocos saben que, en ese correo siempre cuas clandestino y sigiloso de la poesía, las primeras voces románticas que se escucharon en Colombia provenían de Venezuela; esto ya es vieja historia, continuada en el tiempo con el respeto con que se lee hoy a Álvaro Mutis en Venezuela y el fervor por Ramos Sucre y Juan Sánchez Peláez de algunos poetas colombianos. A estos nombres pueden agregarse Guillermo Sucre y Eugenio Montejo, quienes coinciden en su doble (¿doble?) carácter de poetas y ensayistas.

Los libros de poesía de Montejo son: *Elegos* (1967), *Muerte y memoria* (1972), *Algunas palabras* (1978) y *Terredad* (1978), este último, un

libro iluminado y ejemplar sobre nuestro mundo terrestre. Como ensayista, Eugenio Montejo obtuvo el premio nacional de literatura de su país con *El cuaderno de Blas Coll*, texto que coparticipa de las calidades de narración y ensayo sobre el lenguaje o, mejor, sobre los lenguajes posibles; aunque prosa, este libro —que recuerda el *Juan de Mairena* de Machado— está cargado de poesía. Además, ha publicado otro volumen de ensayos y crítica con el título de *Trópico absoluto* (1982).

En 1983 Fundarte (que ha publicado también una antología de poesía colombiana e innumerables traducciones de poetas que circulan como oro entre los poetas colombianos) editó un pequeño volumen con once textos de este poeta venezolano: *El taller blanco*.

Tomándolo “en sin orden”, el pequeño volumen de Montejo hace un recorrido que recalca en varios poetas —los venezolanos Vicente Gerbasi y Ramos Sucre, los europeos C.P. Cavafis y Antonio Machado, el mexicano Carlos Pellicer, la revista *Poesía* —Buenos Aires— tras una partida que titula “Poesía en tiempo sin poesía” y que termina en una memorable colección de textos breves, “Fragmentaria”. Y en la mitad del camino, una hermosa memoria personal, “El taller blanco”.

El libro se abre con una nota a partir de uno de los aforismos del colombiano Nicolás Gómez Dávila: “Primera mitad del siglo XVIII, segunda mitad del siglo XX, los dos medios siglos más hueros de poesía en muchos siglos”, pero rebasa el comentario y ahonda en una reflexión sobre la poesía de nuestro tiempo, más allá del “aire sugestivo que siempre despiertan las negaciones absolutas”, como la de Gómez Dávila. Anota que la idea de que “es difícil ser poeta en una época industrial” (Herbert Read), tal nunca fue tan unánime entre los poetas y señala cómo la diferencia está marcada por un hecho físico: “lo que nombramos con la palabra ciudad significa algo completamente distinto antes y después de la aparición del motor”. Entonces, “ya no es posible la contem-